

El mundo del libro

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

3 KILATES. 8 PUNTOS—Por Flor Romero de Nohra.
Premio literario ESSO 1964.

Flor Romero de Nohra ha logrado entregarnos en grandes pinceladas el mundo alucinante de las esmeraldas colombianas. Y hacer un recorrido sagaz por la piel de hombres que, derrotados de la vida, vuelven a encender esperanzas en la luz de esa piedra fabulosa cuya belleza los enardece, porque ha de redimirlos de la frustración irremediable. No ahonda la autora en la siquis de sus personajes, pero tampoco deja de interesarse por sus almas. Por eso mismo, su relato tiene condiciones poco comunes en nuestra novelística, tan escasa en su gran mayoría de auténticos valores. Porque se ha creído que escribir una novela no requiere ni cultura, ni penetración psicológica, ni gracia estética. Enredar madejas de palabras entre las cuales se ahogan unos pobres muñecos a medio desbrazar, todo ello carente de unidad, de suspenso, de aventura como levadura humana. Pedazos de yeso blando, ayunos de toda belleza, de aquella fuerza que hace posible que la novela sea la propia vida, la ebullición y fermento de un mundo determinado.

No creemos, honestamente, que 3 kilates, 8 puntos sea una gran novela. En absoluto. Pero es muy superior en temática y valores literarios a muchas otras que se han presentado al concurso abierto por Esso Colombiana, con el noble propósito de apoyar la novela colombiana. ¡Pobre y asmática novela, que ha envejecido sin conocer la edad de oro, la lozanía de un auténtico florecimiento! Sin itinerario fijo, desambientada, doliente huésped de otras literaturas. Inefables y cándidos escritores carentes de dotes para emprender una obra que hunda sus raíces en la tierra colombiana, en la vida misma, en lo que el ser tiene de universalidad en su padecimiento, amor, dolor. El verdadero artista de la novela tiene que defenderse de lo fácil, de lo imaginativo y bagatelístico, sin ninguna hondura. La novela es tremendamente exigente. Con ella es preciso ser cautos. Y sentir desgarradoramente los temas que se pretende explotar, sin hacer de ella algo meramente superficial y en veces extravagante. Por el camino de los siglos, bordeando tumbas y tumbas, ¡cuán pocas son las grandes novelas clásicas que pertenecen de siempre al género humano!

Flor Romero de Nohra entra también en el mundo del costumbrismo. Irremediablemente. Es una escapada hacia lo verídico, aunque la novela

pierda algunos de los valores que le son inherentes. Y es preciso confesar que tiene talento para desarrollar este estilo. Peculiar y propio de cada una de las regiones del globo. Acaso lo que más conmueve en su obra es el pensamiento de todos esos hombres, capataces, obreros, especie de osos que arañan la tierra, en busca de la piedra verde, fabulosa, lejana, que ha de colmarlos de riqueza y que servirá para redimirlos de toda su miseria. Sangre, agonía, sudor, alarido humano del pobre, para que mañana, en gargantas mórbidas y en largos dedos acostumbrados a la sortija de la caricia de hermosas mujeres, luzcan sus temblores irisados y prolonguen el pecado sobre la tierra.

La autora a veces incurre, como la autora de *La picúa cebá*, en la manía palabarrera, excesiva adjetivación, en el lugar de la palabra sustanciosa, íntegra, que sirve como de peana a la novela. No solamente de pan vive el hombre. No solamente de las bellezas del paisaje, del color de la piedra preciosa, se debe alimentar el relato. Más hondura, mayor gravedad temática, más penetración de la autora en el mundo anímico. Esto es lo que cuenta en la eternidad de una novela. Esta como sangre que es, participa de un mundo testimonial, desgarrador y patético. No solamente la flor del relato sino la conjunción de otros valores, la trascendencia constante del ser, la tremenda contingencia de vivir y morir.

De todas formas Flor Romero de Nhora tiene capacidades de auténtica escritora. Y esperamos de ella libros con mayor envergadura, misterio dramático, gotear de la sangre de la humanidad sobre el madero de la existencia. Sin eludir su responsabilidad con su tiempo y con su inteligencia.

* * *

POEMAS URBANOS—Por Mario Rivero—Editorial Antares.

Sería pueril desconocer la densidad de aceite de estos poemas de Mario Rivero. Y la tremenda verdad que encierran. Y la luz de poesía que camina entre ellos, especie de mariposa degollada por las agujas del crepúsculo. Aquí respira, vive, muere, se pudre la ciudad. Y las mujeres como rosas que se asfixian entre las moles de cemento, perdida toda ilusión, cavadas las horas por su misma angustia taladrante, fosos negros, túneles horadados para que en ellos se disique toda emoción, como laberintos ciegos, de espaldas al mundo y al paisaje. Estos poemas constituyen la biografía de nuestras ciudades. Amarga y cierta. Cuando se ha perdido el alma para vivir el minuto que pasa, doblados por la frustración, acariciando manzanas de nylon, reptando bajo la noche húmeda, destrozada la vida anímica, vegetando como raíces escuálidas que filtran su pobre renuevo entre las hendiduras de los edificios en cuyo seno hierve una humanidad con hambre de sueños, pero sin espacio, sin llanura, sin canto de alondras.

Todo en estos poemas es acre. Muchas veces macilento como el can flaco como un silbido que escarba en los basureros de las grandes ciudades. La Torre de Babel con sus luces de neón, sus esquinas de pecado, su tristeza uniforme, sus ruidos aventados, la mentira del celuloide, el amor parcelado, la vida gris y uniforme. La maldición bíblica. Morir en

un "accidente de crepúsculo", mientras la ciudad sigue igual a sí misma. Sin poderse bañar la cara en los ríos tutelares. Todo pardo, achatado, cauteloso. Las grandes flores mueren en los tasones por falta de aire. Los seres también. Y la mujer —flor de trapo o de vicio— soñando sueños irrealizables mientras su carne se marchita y el pecado y la concupiscencia triste la visitan, dejándole una ácida melancolía. Estropeadas las uvas de sus labios y las fuentes de su vida. Porque la ciudad es eso, un cansancio, un tedio gris, una ceniza impalpable que cae siempre, siempre como una llovizna sobre los seres.

Mario Rivero ha visto de cerca ese resplandor nocturno y doloroso. Y ha subido sobre el atrio viril del poeta, esas ánforas regadas en el crepúsculo por diosecillos caprichosos, hijos del mismo hombre que, al pretender encerrar la vida entre monstruosas floraciones de hierro y cemento, mató la vida. Mario Rivero se perfila como un poeta original, porque este libro suyo es testimonio, propia agonía y no remedo o calco de otros poetas. Claro que tiene sus influencias, especialmente de escritores norteamericanos, testigos de su tiempo, pero va adquiriendo una madurez, una templanza, una verdad, cuyo existencialismo es un *phatos* unamunesco, una fiebre, una muda protesta de quien, como poeta, se siente también aprisionado en esta red monstruosa y tentacular de la ciudad. Leamos uno de estos poemas:

SECUENCIA URBANA

*Un día miramos
con más hambre
la corteza de un árbol
y el olor de la gasolina
es un buen olor.
Y no nos molesta
la economía de las monedas
vivimos un momento
infinito
cuando descubrimos
inapelablemente
que nos vamos a morir.*

*Entramos al cine
con el plan de arañarle
los muslos a la amiga
y sucede
que lo que vemos en el lienzo
nos hace llorar a los dos.
Se encienden las primeras luces
Banco de Londres Chicles Clark
National City Bank
detrás de la cortina
el hombre y la mujer se miran
y se ponen la última prenda
hay cara de fin en cada cosa
cuando se encienden las primeras luces.*

El gamín irrumpe de pronto
por las puertas del bus
acosado como un ladrón
ofrece un rápido espectáculo
recoge unas monedas
y escondiendo el botín
en su chaqueta
escapa como un perro apaleado
cuando la lava del día
nos cubre
nos queda algo de su voz amigdalina
y un pedazo de su canción.

El tren avanza fatigado
como una tortuga
respirando humo y carbón
el tren será chatarra
todo será polvo y chatarra.

No me digan que vivir está mal
aunque algo nos venga desde el fondo
no todos saben lo que pasa en el día
estar vivo es una cita
frente a un mantel a cuadros
o decirnos vamos a la esquina
de los cacahuetes
es bueno sentarse a la sombra en verano
a oír el martilleo de los latoncros
que trabajan sobre las barracas
a lo lejos.

Vivir está muy bien
pues no hay nada más bello
que un obrero mezclando cemento
o una mujer joven
elástica
lavándose la boca
y soñando en su pueblo
perdido entre valles azules
y balsámicos.
O el viejo que va despacio
calle abajo
deteniéndose a menudo
y que lleva unidos por una cuerda
un sartal de peces rojo-dorados
y la tarde
la tarde hinchada de pitos y de pájaros
y un recuerdo
con olor a tabaco y a madera.

* * *

La mitología creada en torno de los próceres, elaborada y resobada por historiadores sin noción alguna del mundo real con sus grandezas y miserias, ha permitido al muy ladino Arturo Abella Rodríguez, la obra de pica que se ha propuesto para remover las tumbas de los emancipadores, cubriendo muchas de ellas de oprobio. Nosotros siempre hemos mantenido una total disidencia con esos pseudo-historiadores nuestros que pretendieron hacer de nuestros próceres dioses del Olimpo, acaso solamente comparables con Júpiter que se mezcló con el mundo por su amor a las mujeres con su corpórea y ardiente belleza. Los héroes fueron hombres como todos nosotros. Con sus secretas esperanzas, sus desfallecimientos, el minuto de cobardía humana, la grandeza templada por una voluntad de sacrificio, en fin, vidas no propiamente ejemplares para incorporarlas en el santoral, sino “humanas, demasiado humanas”. Por eso mismo ningún impacto nos ha producido la tarea furiosamente negativa de Abella Rodríguez, quien, con cierto tufillo de vanidad, pretende singularizarse por su menosprecio por aquellos hombres que le dieron rumbo, signo y realidad a la independencia americana. Que murieron en el patíbulo, en el éxodo irremediable, con grilletes al tobillo, en húmedas mazmorras, vejados, como seguramente no lo será el historiador Abella, quien, sabe muy bien que **Don dinero** es un dios implacable y cruel que nos juega malas pasadas a los pobres de este mundo.

Don dinero ha estado presente no solamente en tiempo de la independencia americana sino a través de toda la historia universal. Esto nadie puede negarlo. Desde que económicamente desapareció el trueque y se inventaron las monedas y su efigie fenicia recorrió el mundo, el dinero ha sido factor decisivo en muchas de las luchas de la humanidad. De suerte, pues, que nada tiene de particular que hubiera estado presente en los días de la independencia como lo está ahora en todos los órdenes de la vida política, social, económica y cultural. Pero para desdicha de Abella Rodríguez, nuestros héroes no murieron abrazados al dinero sino en los patíbulos, en el destierro, viviendo y muriendo en la miseria. Ningunos bienes de fortuna dejaron. Jamás especularon o traficaron con sus efímeros momentos de poder político. En cambio fueron grandes, ennoblecieron su vida con el martirio. El oro es abstracto. No tiene olor. En cambio los grandes hechos, la agonía de quienes testimoniaron su paso por la tierra, ha dejado una lección. Viva, real, austera. Nuestros héroes no tenían segunda camisa. En cambio cuántos de estos nuevos burgueses viven una existencia regalona, ecléctica, hedonista. Es fácil inventar el pasado a nuestra manera. Lo que es difícil es desarraigar de la conciencia ciudadana el agradecimiento a quienes todo lo dieron por nuestra libertad. ¿O es que acaso somos aún colonia de la metrópoli española? ¿O la libertad nos la regalaron sin tener que pagar la deuda de obtenerla?

La historia no puede desfigurarse con esta candidez que ha puesto Abella Rodríguez en su tarea. La idea de la grandeza ajena riñe muchas veces con el diablillo de nuestro propio narcicismo. La grandeza es un perpetuo mejoramiento, un hallar más grandes aún los hechos en los cuales

nada tuvimos que hacer, pero que nos favorecen. Es preciso recordar aquí una célebre frase de Bernanos: "El polemista que desentierra el pasado es divertido hasta los veinte años; tolerable hasta los treinta años; aburre hacia los cincuenta y es obsceno cuando pasa de esa edad". Contra las tesis gaseosas de Abella, está la realidad. Un documento escrito, unas palabras zalameras, un gesto de cobardía, no prevalecen contra una sola gota de sangre derramada por la libertad y por el amor a nuestros semejantes. La vida es una. La letra escrita es el producto de cavilaciones, cautelas, medios tonos. Los próceres son hoy un montículo de ceniza. Pero ella brilla en el atrio cívico de nuestra democracia no por el dinero del tiempo en que actuaron, sino por su muerte, el suplicio a que fueron sometidos, la pobreza penitente de que estaban vestidos cuando ascendieron a la gloria.

Los héroes desbrozaron un mundo y limpiaron el camino con su espada y su ejemplo. Con alma y voluntad rectas. ¿Pero qué importan las rutas rectas, cuando nuestra intención es oblicua? **Don dinero**, en la **independencia** es un libro escrito en prosa sagaz, movida, sávida, con entretelones de picaresca. Pero que debe ser refutado no por los escritores sin títulos académicos, sino por nuestra Academia Nacional de Historia y pronto. La neutralidad es un crimen y el silencio en estos casos un amargo repliegue.

* * *

JOSE ASUNCION SILVA. OBRAS COMPLETAS.
Talleres Gráficos del Banco de la República—1966—Bogotá, Colombia.

Todo en esta edición de las obras completas de José Asunción Silva, editadas por el Banco de la República (Departamento de Talleres Gráficos), es de suma perfección. Unida a una calidad insuperable. El gusto estético del libro invita a su lectura. Porque no hay nada en el, formato, tipos de letras, papel, grabados, documentos autógrafos, que no corresponda a la más exigente obra de arte en estas materias. Puede sentirse satisfecho ese espléndido caballero de la inteligencia y del buen gusto que es don Bernardo Merizalde, Director de los Talleres Gráficos, de este libro, verdadera joya bibliográfica. Creemos que no se encuentra un solo error tipográfico de ninguna clase en su texto. Posiblemente constituya este el mayor homenaje al gran lírico colombiano en su centenario. Como fue su vida de esteta, de nazareno crucificado por sus adversarios en madera de ignominia. Porque la gran tragedia de Silva fueron sus deudas y sus acreedores. Que no le concedieron un momento de paz. Poeta de ética insobornable no pactó jamás con el delito. Ni pretendió poner su pluma al servicio de los filisteos para cubrir las deudas heredadas. Eran otros tiempos y otros hombres, preciso es confesarlo.

Pasamos la vista nuevamente por las creaciones de Silva y comprendemos su tragedia. Y la hondura de su drama. Y la revelación de su poesía. Y todo el proceso literario del modernismo con sus implicaciones y su profunda significación artística. Porque es preciso no olvidar que

el modernismo es esencialmente una empresa de poetas, influídos del parnasianismo y del simbolismo franceses, vías naturales de perfección lírica; el cultivo afortunado del verso blanco y la conquista de sonoridades sugerentes, matices melódicos o solemnes como en *Nocturno* de Silva o en *Marcha triunfal* de Darío. Todos ellos fueron, en gran medida, individualistas. Y se regodearon en el verso puro, el vocablo de noble tradición, la sabiduría técnica, lo morboso y delicuescente de la literatura, sin mucho pie en este continente bronco, vaharada tropical, dolor del indio e irredención de las masas esclavizadas.

Aquí está Silva como nunca. En un libro de perfección estética que el poeta hubiera pasado blandamente por sus manos, con misión de amor y suspirante ternura.

Bella edición que honra los trabajos editoriales del Banco de la República.

* * *

GUINEO VERDE—12 cuentos y un drama—Por Néstor Madrid Malo—Bolsilibros Bedout—Medellín, Colombia.

Estos cuentos no agregan nada al prestigio literario de Néstor Madrid Malo, preciso es confesarlo. Muchas de sus narraciones carecen de fuerza, de esa secreta templanza que nos obliga a continuar una lectura. Son temas sencillos, de fácil lectura. Escenas de la vida campesina, pequeños dramas sordos, pero todo ello un poco laxo, sin mucho énfasis en los elementos creadores. El cuento exige mucho cuidado. Porque en realidad es la síntesis de la novela. En cada palabra, actitud de los muñecos que movemos, es preciso poner mucha carga energética para no fracasar. Todo aquí tiene una naturalidad que conduce a la monotonía. Ni lenguaje rico en colorido, ni tampoco ese "suspense" bien llevado que acredita las grandes obras de arte.

Estos cuentos valen como testimonio, mejor dicho, corresponden a determinada atmósfera vital, aunque carezca de la hermosa y trágica belleza de los cuentos de Quiroga, Uslar Piedri, Gallegos, Amorín, Ciro Alegría, José Restrepo Jaramillo. En los cuales el paisaje no es todo. Apenas si se enrosca como serpiente en las piernas de hombres que padecen la vida y van desangrándose. Eso es todo. Muy narrativos y poco hondos de pensamiento. Acaso el denominado *Guineo verde*, esté bien logrado. Porque su autor sabe manejar el idioma, conoce sus esencias recónditas, y este conocimiento le presta una buena ayuda para seguir adelante con sus narraciones.

Esperamos que Néstor Madrid Malo nos entregue una cosecha mejor de cuentos. Porque estos en verdad son "guineo verde", plátano inmaduro, cosecha que no logró su cabal crecimiento. Pero que no por ello, deja de tener el mérito que debe concederse a todo escritor que se preocupa por la temática nacional.